
Colección Patrimonio y Turismo

CORAZONES QUE DANZAN
Narrativa gráfica

Rogelio Martínez Cárdenas



Corazones que danzan

Narrativa gráfica



Colección Patrimonio y Turismo

Colección Patrimonio y Turismo

Primera Edición: marzo de 2025

ISBN: 978-607-581-584-8

ISBN Colección Patrimonio y Turismo: 978-607-581-502-2

DR © Centro Universitario de Los Altos, de la Universidad de Guadalajara

Av. Juárez # 976, Col. Americana,

C.P. 44100

Guadalajara, Jal

Esta publicación ha sido arbitrada por pares académicos; mediante arbitraje doble ciego, el expediente que lo respalda se conserva en la Coordinación de Investigación del Centro Universitario de los Altos de la Universidad de Guadalajara.

Se publica con el aval de la institución dictaminadora.

Cómo citar esta obra:

Martínez Cardenas, R.; (2025). Corazones que danzan. Narrativa gráfica. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 184 pp. ISBN: 978-607-581-584-8 ISBN Colección Patrimonio y Turismo: 978-607-581-502-2

Corazones que danzan

Narrativa gráfica



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA

Red Universitaria e Institución Benemérita de Jalisco



Centro de Investigación e Innovación
para las Organizaciones - CIIO

Universidad de Guadalajara -
México.

Centro de Investigación e
Innovación para las
Organizaciones (CIIO)

Portada y Fotografías:

Rogelio Martínez Cárdenas

*Con cariño para
mi esposa y mis hijos*

*Agradezco
a todos los danzantes que me permitieron fotografiarlos y me
compartieron su conocimiento para integrar este libro.*

*En particular a
Danza Azteca Xochiquetzal*

*Un agradecimiento especial
a Sergio Velasco y José Fajardo por su colaboración con la
presentación e introducción de este libro*

Prefacio

Corazones que danzan es una apuesta discursiva mayormente gráfica, que se complementa una menor de manera textual, con el objetivo de ser accesible a cualquier lector; se trata de una historia contada mas con silencios que con palabras.

Es el resultado del compromiso como investigador social del patrimonio inmaterial, el documentar y mostrar a futuras generaciones una manifestación cultural, colorida y festiva, que muestra el sincretismo que hizo la religión católica con las creencias y praxis precolombinas de estas tierras.

La fotografía documental tiene una larga tradición en México, y tal vez alcance uno de sus puntos más altos, en los trabajos de Gustavo y Agustín Víctor Casasola. Archivo fotográfico que se puso al alcance de un amplio público, con los libros publicados con las capturas que realizaron de la realidad mexicana de principios del siglo XX. Estas imágenes son testigos que nos permiten ver la evolución de nuestra sociedad hoy en día.

Este libro es el resultado de un periodo mínimo de cinco años de labor capturando instantes, lo que dio como resultado un acervo aproximadamente de diez mil fotografías. Las cuales debieron ser ordenadas, procesadas y rigurosamente seleccionadas con el objetivo de expresar un discurso claro y lógico.

Las imágenes que forman este libro no tienen como objetivo ser un libro de arte en el que se muestra la capacidad en el dominio de la técnica fotográfica. Se trata de un conjunto visual, que facilita la asimilación del motivo por el cual la Romería de Zapopan ha sido declarada como patrimonio intangible de la humanidad por la Unesco y permita al lector detectar los cambios que puede experimentar a lo largo de tiempo, ya que se trata de una práctica viva.

La presente investigación, que conforma la segunda publicación de la serie Patrimonio y turismo, a pesar de ser obras independientes, se completa con la anterior, el libro “La Romería de Zapopan”, el cual examina y explica a través de textos esta antigua tradición.

Con esta publicación, se persigue que el lector sea un testigo en primera línea de esta manifestación cultural, con el fin de que toda persona, sin haber asistido previamente a este evento, pueda comprenderlo y apreciarlo.

Índice

Prefacio	9
Presentación	15
Introducción	19
Etnografía y fotografía	27
Tradición hecha patrimonio	33
La víspera	39
El fuego sagrado	57
Trajes	67
Las máscaras	81
Los grupos	95
Estandartes	111
La romería	127
Las danzas	145
Los rostros	161
Servicios auxiliares	175
Lo singular	187

Presentación

¿Se puede ser varias veces testigo de un mismo hecho? La lente de Rogelio Martínez Cárdenas nos lo confirma una y otra vez.

Con tonalidades y matices de colores a veces brillantes y otras tantos deslavados, la producción fotográfica de “Corazones que danzan” aborda y nos cuenta lo que quizá una simple charla no nos puede comprobar: los rostros de la esperanza y el olvido de un pueblo, las miradas de eterna espera, las calles solas de una sola madrugada que entre grillos y silencios se va llenando de murmullos, de romeros, de vendedores y de fe.

Imágenes donde el amor o el dolor más profundo es expresado en una plegaria por una vida que se va u otra más que está por llegar, y las más de las veces, el profundo y lento suspiro que aún extenuados, nos provoca agradecer frente a frente a una madre.

En este libro, cada foto tiene un compás y un ritmo. Un hilo conductor. El de la ruta que parte meses antes de la romería, hasta esa imagen de un semblante exhausto y arrodillado bajo la puerta de la basílica o al pie del altar.

Para Rogelio, prepararse para contar esa historia con la cámara es tan importante como para los danzantes lo es el prepararse para recibir octubre. El ritual de revisar sus cámaras, organizar sus tarjetas digitales, cargar y confirmar las pilas que necesitará y tener lista la ropa que llevará puesta para poder instalarse en cada tiro donde emplazará su cámara, es parte de su disciplinado día a día, el que revisa y repasa una y otra vez, semanas antes de la esperada fecha, mientras llega el momento.

De basílica a basílica, la víspera y el recorrido son retratados por su lente. Ahí están los trajes, las máscaras, los grupos, los estandartes. Para muchos, la romería son las danzas y las danzas es la romería. Para Rogelio el fotógrafo, Rogelio el investigador, Rogelio el profesor, la romería es una

oportunidad de documentar de manera rigurosa un hecho social.

Sí. La romería es una costumbre. Una tradición. Un hecho religioso. Una expresión popular. Un momento y una oportunidad de entender nuestra historia, nuestro origen, nuestra cosmovisión como pueblo. Sí. La fotografía es esa herramienta que nos permite observar, testimoniar, contemplar, confirmar y entender el mundo que nos rodea.

Bienvenidos a este recorrido. Contemplemos detalle a detalle cada fotografía, cada parada, cada disparo tras la cámara, esa donde hoy coinciden el artista de la lente y el acucioso investigador, que en este trabajo no tiene otro objetivo, que subrayar al hecho religioso como una sólida dimensión y expresión de la cultura.

Sergio A. Velasco Duarte

Introducción

J. Fajardo Gamero

Somos lo que las fotografías dicen de nosotros. Reunidas con dedicación y agudeza, pueden hacer las veces de una biografía. Habrá que agradecer la oportunidad de esta suerte de sinopsis al instante que dura el clic del obturador, a la fortuna de habernos encontrado justo allí, y, en asaz proporción, a la sensibilidad de la persona que se coloca tras la cámara, hoy en día, del otro lado del teléfono móvil.

Mirar una foto es asomarse por una ventana. Hacia el tiempo transcurrido que nos muestra en la apariencia que una vez tuvimos, al carácter con que afrontamos las vicisitudes de aquella fecha, a los intereses y quehaceres propios o ajenos, los placeres y las aflicciones de los demás. En su testimonio, las imágenes capturan la historia.

Las imágenes son diálogo también; aquel o aquella que nos mira desde la impresión o el archivo digital, habla con nosotros. Habla por nosotros.

Juan Naranjo, editor del libro *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)* (Gustavo Gili, 2006), especifica que los avances en la técnica de principios del siglo XIX patrocinaron una expansión “sin precedentes” en el suministro de imágenes. Las tecnologías vinculadas a la informática y, ahora, a la IA, acrecientan de manera exponencial – brutal le vendría mejor – la capacidad de generar y acceder a volúmenes ingentes de fotos. Los usuarios enfrentamos una avalancha que nos obliga a una lectura veloz, apenas un momento para la reflexión acerca de lo que miramos sin ver. Quizá ya nada de lo humano sea invisible, en su noción de privado o secreto, aunque en gran medida este cúmulo de datos no resulte trascendente ni siquiera para el apunte particular.

Precisamente en esa autopista de máxima aceleración reclama su espacio la perseverancia en documentar todo episodio humano, el registro que se ampara en un examen sin más premura que la propia de cualquier actividad de comunidades e individuos. Ahí es a donde pertenece la fotografía con fines antropológicos, ese intento por conocer y,

en el éxito de su objetivo, averiguar el espíritu, la índole de los grupos sociales a través de la imagen.

El ejercicio fotográfico de Rogelio Martínez Cárdenas corresponde a una tarea en esta tesitura, pues al reseñar desde sus múltiples ángulos la romería de la Virgen de Zapopan expone – y corresponde afirmar que revela, en alusión a los procesos de la fotografía analógica, pero sobre todo al acto que descubre o manifiesta lo ignorado o aquello que permanece escondido – el bagaje de un suceso preeminente en el entorno ideológico de la sociedad tapatía, esa manera de apreciar y relacionarse con el mundo que ha permanecido casi intacta no obstante los muchos cambios en el pensamiento que se han registrado desde los años sesenta del siglo XX.

A mi parecer, lo que exhiben las fotografías compendiadas en *Corazones que danzan* es una convicción. Todos y cada uno de los y las concurrentes a este acontecimiento anual, y en específico aquellos que integran las diversas agrupaciones de danzantes, se comprometen en el esfuerzo por establecer un vínculo peculiar con una entidad divina. Proceden a su

cumplimiento a sabiendas del sacrificio que conlleva el trayecto de casi 10 kilómetros (de subida, además), y de la disciplina que implica la preparación de sus bailes y danzas a lo largo de varios meses; de los costos que acarrean la manufactura especializada y el mantenimiento en buenas condiciones de penachos y atuendos, el empleo de pinturas corporales a fin de mostrarse en el otro yo que llevan dentro; de las enterezas en que se sostienen los códigos de conducta que acepta seguir cada cual, de acuerdo con los entendidos que los han tratado de cerca. Un comportamiento que, en su conjunto, les favorece en la realización del hecho religioso.

Se puede ser creyente o no creyente, pero la energía que se esparce durante la noche previa y buena parte de la mañana de cada 12 de octubre, es innegable. La “llevada de la virgen”, el retorno a su santuario por algunas de las calles principales de los municipios de Guadalajara y Zapopan, modifica los ritmos de la ciudad, la coloca, digamos que por alrededor de 18 horas, en una atmósfera jalonada entre lo sacro y lo profano.

Este río humano – y estoy cierto que caigo en un lugar común al referirme a ese fenómeno con la simpleza de esta metáfora, pero también que no hay manera más clara de describirlo por quien lo haya presenciado –, se compone en lo emocional de los buenos propósitos que de ordinario habitan el futuro, de voluntades de mejora y pagos por favores recibidos, del agradecimiento que se materializa en incontables pies descalzos o rodillas laceradas. También se pide, por supuesto, con la esperanza de ser oído. Es una práctica gozosa, una expiación o una penitencia que ciertamente no todos estamos dispuestos a asumir.

Rogelio Martínez Cárdenas propone el abordaje visual de la romería a partir de un ordenamiento por capítulos que relatan cada uno de sus aspectos más significativos, un viaje que sigue su sentido y sus cadencias; pero no estaría de más deambular por estas páginas con la libertad que otorga subvertir el precepto y hojear el libro sin rumbo ni destino, a fin de que ante nosotros salten el color de plumas y vestuarios, la profusión de rostros, el lenguaje recóndito de los estandartes, las pulseras y los cascabeles en tobillos y

muñecas, las máscaras cuyo furor releva una circunstancia en que parecerían no encajar por completo en favor de una fina muestra del sincretismo, o si se prefiere, del mestizaje cultural y de significados; contemplar, en fin, el recorrido de la romería en todo su entusiasmo.

Espero no cometer una infidencia con lo que estoy por contar. Un domingo, hace cosa ya de 40 años, Rogelio y el que esto escribe nos dimos a recorrer algunas de las calles de Guadalajara con el ánimo de tomar fotografías; nos la dábamos de artistas. Lo tengo patente en el recuerdo: aquella vez a mí sólo me alcanzó para actuar de compañero de mi amigo, quien tiraba y tiraba con su cámara en una filiación a la imagen como narrativa y como revisión de lo cotidiano.

En este libro se localizan y se cruzan, pues, dos de los cometidos más reconocibles en Martínez Cárdenas: el razonamiento y la mirada; se justiprecia en el resultado. Somos, también, lo que observamos.

Etnografía y fotografía

La fotografía ha demostrado ser una herramienta invaluable en la investigación etnográfica, permitiendo capturar y preservar momentos clave de las culturas y comunidades estudiadas. Su capacidad para documentar visualmente aspectos cotidianos y rituales profundos la convierte en un recurso esencial para los investigadores interesados en explorar las dinámicas culturales desde una perspectiva rica y detallada.

El uso de la fotografía en la etnografía no solo se limita a registrar imágenes, sino que también permite contextualizar el entorno físico y social de las comunidades. Cada imagen cuenta una historia, revelando relaciones sociales, estructuras de poder, formas de expresión artística y modos de vida que podrían pasar desapercibidos mediante métodos exclusivamente textuales. Esta herramienta permite a los investigadores traducir lo visual en un lenguaje comprensible y accesible.

Una de las mayores ventajas de la fotografía etnográfica es su capacidad para capturar la subjetividad y la emoción. Los gestos, las expresiones faciales y las posturas corporales retratados en una fotografía pueden revelar matices emocionales que enriquecen la comprensión de las interacciones humanas. Esto es particularmente útil en contextos donde las palabras no pueden expresar plenamente la complejidad de una situación o experiencia cultural.

Además, la fotografía facilita la documentación de elementos efímeros, como ceremonias, danzas, festividades o costumbres diarias que pueden cambiar con el tiempo. Estos registros visuales no solo son importantes para la investigación académica, sino también para las comunidades estudiadas, que pueden utilizarlos como parte de su memoria histórica y cultural.

La fotografía también permite involucrar a las comunidades en el proceso de investigación. Al mostrar las imágenes capturadas, los investigadores pueden invitar a los participantes a reflexionar sobre su significado, fomentando

un diálogo que enriquezca la interpretación etnográfica. Este enfoque participativo refuerza la colaboración entre los investigadores y las comunidades, promoviendo una representación más auténtica y respetuosa.

Sin embargo, el uso de la fotografía en la etnografía no está exento de desafíos éticos. Es crucial obtener el consentimiento informado de las personas retratadas y considerar las implicaciones de publicar imágenes que puedan ser malinterpretadas o usadas fuera de contexto. La relación de confianza entre el investigador y la comunidad es fundamental para garantizar un uso respetuoso y responsable de la fotografía.

Desde un punto de vista metodológico, la fotografía puede complementar otros métodos de investigación etnográfica, como las entrevistas, las observaciones participantes y los diarios de campo. Al integrarse con estas técnicas, las imágenes aportan una dimensión visual que enriquece la narrativa y refuerza las conclusiones obtenidas a partir de los datos cualitativos.

Los avances tecnológicos han expandido aún más las posibilidades de la fotografía etnográfica. El uso de cámaras digitales y teléfonos inteligentes ha facilitado la captura y el almacenamiento de imágenes, permitiendo una documentación más accesible y rápida. Además, las plataformas digitales han abierto nuevos espacios para compartir y analizar fotografías, fomentando colaboraciones interdisciplinarias y globales.

No obstante, el uso de la fotografía también plantea preguntas sobre la objetividad y la interpretación. Cada fotografía está influenciada por las decisiones del fotógrafo: el encuadre, la composición y el momento elegido reflejan una perspectiva subjetiva. Por ello, es importante que los investigadores sean transparentes sobre sus procesos creativos y reflexionen sobre cómo sus propios sesgos pueden influir en el resultado final.

En el contexto etnográfico, la fotografía puede actuar como un puente entre diferentes culturas. Al compartir imágenes con un público más amplio, los investigadores pueden generar

una mayor comprensión y empatía hacia las comunidades estudiadas. Esto no solo enriquece el conocimiento académico, sino que también contribuye al respeto y la valoración de la diversidad cultural.

La fotografía también tiene un impacto profundo en la memoria cultural y la identidad de las comunidades. A través de los retratos, las personas pueden verse reflejadas en su contexto social y reconocer su lugar dentro de una narrativa colectiva. Este proceso puede ser empoderador y ayudar a las comunidades a preservar sus tradiciones frente a los cambios sociales y globales.

El análisis de las fotografías etnográficas requiere una mirada crítica y detallada. Los investigadores deben considerar no solo lo que se muestra en la imagen, sino también lo que está ausente o implícito. Este enfoque analítico permite revelar significados profundos y conexiones ocultas que enriquecen la comprensión de las culturas estudiadas.

Aunque la tecnología moderna ha facilitado enormemente el uso de la fotografía en la etnografía, también ha planteado

nuevos desafíos. La circulación de imágenes en línea, por ejemplo, puede descontextualizar las fotografías, lo que subraya la importancia de proporcionar información adecuada y contextual en cada publicación.

Finalmente, la fotografía como método de investigación etnográfico no es solo una herramienta, sino también un arte. Requiere una combinación de sensibilidad cultural, técnica fotográfica y compromiso ético para capturar la esencia de las comunidades estudiadas. Su capacidad para inmortalizar momentos y narrativas convierte a la fotografía en un recurso invaluable para la etnografía contemporánea.

Tradición hecha patrimonio

La Romería de Zapopan es una celebración profundamente arraigada en la cultura de Guadalajara y Zapopan, que no solo destaca por su valor religioso, sino también por su riqueza cultural y la participación masiva de los fieles. Esta festividad, reconocida como patrimonio cultural intangible por la UNESCO en 2018, es una muestra viva de la fe, las tradiciones y la identidad comunitaria de Jalisco.

El ciclo ritual de la Romería comienza en mayo y culmina el 12 de octubre. Durante estos meses, la Virgen de Zapopan recorre diversos templos de la ciudad de Guadalajara, llevando consigo un mensaje de unión y esperanza. Cada parada en estos templos es una oportunidad para que los fieles se acerquen a su patrona, fortaleciendo los lazos espirituales que conectan a la comunidad. Este recorrido incluye entre 175 y 180 templos, adaptándose cada año según el calendario y la logística.

El 11 de octubre, la víspera de la Romería, marca el inicio de una serie de eventos significativos. La Misa del Patrocinio,

celebrada en la Plaza Tapatía, renueva el vínculo espiritual entre la Virgen y la Arquidiócesis de Guadalajara. Este evento congrega a cientos de fieles, quienes acompañan a la Virgen en procesión hasta la Catedral, donde permanecerá hasta el inicio formal de la Romería al día siguiente.

Durante la noche del 11 de octubre, las calles alrededor de la Catedral se transforman en una verbena llena de vida. Familias enteras, peregrinos y danzantes conviven en un ambiente festivo, donde los aromas de la comida tradicional, la música y las danzas se entrelazan. Esta vigilia no solo es un tiempo de espera, sino también una oportunidad para compartir historias y fortalecer el sentido de comunidad.

La madrugada del 12 de octubre, antes del amanecer, inicia el peregrinaje. Los primeros contingentes, compuestos por danzantes, grupos religiosos y peregrinos, comienzan su camino hacia la Basílica de Zapopan. Este recorrido, de aproximadamente nueve kilómetros, es una manifestación de fe y devoción que reúne a miles de personas, cada una con su propia intención y motivo para participar.

El papel de los danzantes en la Romería es fundamental. Consideran a la Virgen de Zapopan como su patrona y, a través de sus danzas, ofrecen lo que denominan una "oración en movimiento". Los trajes elaborados y coloridos, las coreografías meticulosas y la energía vibrante de los danzantes reflejan el compromiso con esta tradición. En 2023, más de 26,700 danzantes participaron en este evento, distribuidos en tres principales cuarteles, destacando el Cuartel de Danzas Autóctonas de Zapopan.

La procesión de la Virgen está organizada meticulosamente, con grupos asignados a lugares específicos para garantizar el orden y la fluidez del recorrido. La imagen de la Virgen, transportada en un vehículo decorado, realiza múltiples paradas para permitir que los fieles se acerquen a ella. Estas pausas son momentos significativos en los que la comunidad puede expresar su devoción y gratitud.

El arribo de la Virgen a la Basílica de Zapopan es el punto culminante de la Romería. A pesar del gran número de asistentes, estimado en más de dos millones en 2023, el evento

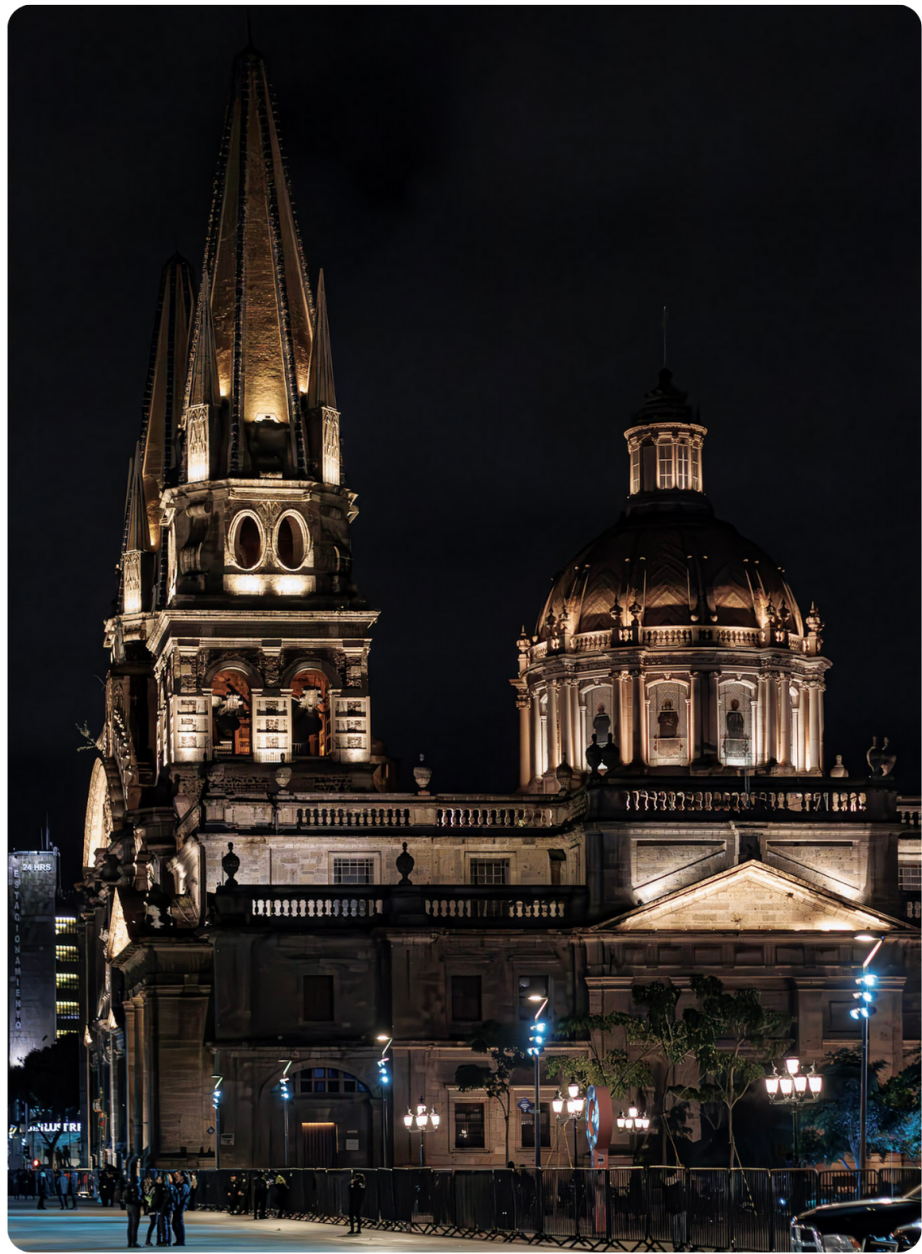
mantiene una atmósfera de respeto y solemnidad. Los grupos de danzantes, aunque no ingresan al atrio de la Basílica debido a la multitud, continúan su celebración en las calles circundantes, ofreciendo sus danzas como tributo.

Durante todo el día 12 y parte del 13 de octubre, las actividades continúan en la Basílica y sus alrededores. Los peregrinos se acercan a la Virgen para pedir favores o agradecer milagros, mientras los danzantes prosiguen con sus coreografías, llenando el espacio de color y movimiento. Este ambiente de celebración es un recordatorio del papel central que la Virgen de Zapopan desempeña en la vida de sus devotos.

La Romería es mucho más que una procesión; es una expresión de identidad y resistencia cultural. A través de esta festividad, las comunidades de Guadalajara y Zapopan reafirman su fe y sus tradiciones, transmitiéndolas a las nuevas generaciones. Este evento no solo une a los fieles, sino que también muestra al mundo la riqueza cultural y espiritual de Jalisco.

La participación de múltiples actores, desde los danzantes hasta los servicios auxiliares como la Cruz Roja y los cuerpos de seguridad, asegura que la Romería se lleve a cabo de manera ordenada y segura. La coordinación entre estos grupos refleja el esfuerzo colectivo que sostiene esta tradición centenaria.

Cada año, la Romería de Zapopan continúa escribiendo su historia en el corazón de los participantes. Es un evento que trasciende lo religioso para convertirse en un símbolo de unión, devoción y orgullo para la comunidad jalisciense



La vispera



La víspera

La víspera de una gran celebración representa mucho más que la espera; es un preámbulo lleno de actividad y significado, donde el tiempo parece cobrar un ritmo diferente, marcado por el entusiasmo y la anticipación. En este capítulo, se describe con detalle cómo la comunidad se transforma en un espacio de encuentro y preparación, donde la tradición se renueva año tras año.

Los vendedores ambulantes se convierten en personajes centrales de este relato. Sus ofertas, que van desde juguetes y decoraciones hasta comida y bebidas típicas, son mucho más que bienes materiales. Cada objeto vendido tiene una historia detrás: el juguete que hará sonreír a un niño, las coronas que adornarán a los asistentes, o los dulces que evocarán recuerdos de otras celebraciones. Estos elementos son parte del entramado cultural que sostiene la memoria colectiva, y los vendedores son sus guardianes temporales.

El ambiente está impregnado de una atmósfera única. Las luces cálidas iluminan las calles y plazas, resaltando los colores vibrantes de los productos y las expresiones de quienes los venden y compran. Las risas, las conversaciones y la música en vivo se mezclan en un bullicio armónico, creando un paisaje sonoro que invita a la alegría y al disfrute. Es en estos momentos donde se hace palpable la conexión entre los individuos y su entorno, entre lo cotidiano y lo extraordinario.

La comida ocupa un lugar destacado en esta narrativa. Los puestos callejeros, con sus aromas tentadores, se convierten en puntos de encuentro donde las personas comparten mucho más que alimentos. Los elotes, los tacos, las gorditas y las bebidas tradicionales, como el ponche o el atole, representan no solo sabores, sino también un vínculo con las raíces culturales de la comunidad. Cada bocado es una experiencia sensorial que une a quienes comparten ese momento.

La noche de verbena es el clímax de la víspera, un momento donde la plaza central se convierte en el corazón palpitante de la celebración. Bajo la mirada imponente de la catedral iluminada, la multitud se reúne, creando una estampa de diversidad y unidad. Familias completas, jóvenes, adultos mayores y niños caminan entre los puestos, participan en juegos y disfrutan de espectáculos callejeros. Es un recordatorio de que las festividades no solo se viven individualmente, sino que también fortalecen los lazos comunitarios.

La víspera no solo celebra el presente, sino que honra el pasado y anticipa el futuro. La tradición se convierte en el hilo conductor que conecta a generaciones. Los más jóvenes aprenden de los mayores, quienes comparten historias y experiencias que dan contexto y profundidad a las costumbres. Este acto de transmisión cultural asegura que las festividades sigan siendo relevantes y significativas, adaptándose a los tiempos sin perder su esencia.

En las calles, las tiendas de campaña simbolizan la espera y la devoción. Los participantes más dedicados reservan su lugar para asegurar una experiencia privilegiada en los actos del día siguiente. Este acto, que puede parecer sencillo, es una muestra de compromiso y fe. La espera nocturna se convierte en un momento de introspección y convivencia, donde los asistentes comparten un espacio común, creando una comunidad temporal unida por la celebración.

La víspera es también un espacio para los sentidos. Los colores vibrantes de los productos, los olores que llenan el aire y los sabores que sorprenden el paladar hacen de este momento una experiencia multisensorial. Estos estímulos no solo alegran el momento presente, sino que también se imprimen en la memoria, creando recuerdos imborrables que los asistentes llevarán consigo por el resto de sus vidas.

Este capítulo, con su enfoque en la víspera, nos invita a reflexionar sobre el valor de las tradiciones y las

experiencias compartidas. En un mundo que avanza a gran velocidad, estas festividades nos recuerdan la importancia de detenernos, de conectar con nuestras raíces y con quienes nos rodean. La víspera, con su mezcla de rituales, preparativos y celebración, es una oportunidad para celebrar no solo el evento en sí, sino también la comunidad que lo hace posible.

De esta manera, la víspera se posiciona como un microcosmos de la vida misma: un espacio donde lo material y lo inmaterial, lo individual y lo colectivo, se entrelazan para crear un momento de significado profundo. Este capítulo no solo documenta una tradición, sino que la eleva, recordándonos que en los pequeños detalles de la vida cotidiana se encuentran las bases de nuestra identidad y nuestra humanidad.



Olores, colores y
sabores la oferta
de los vendedores
ambulantes











